

# Arturo Pérez Reverte «La cultura es patriótica siempre en España»

► El escritor publica «Hombres buenos», la historia de dos académicos convertidos en héroes en un París sacudido por la idea revolucionaria

JESÚS GARCÍA CALERO  
MADRID

Las revoluciones que todos hemos mitificado conducen muchos caminos y muchos libros, algunos famosísimos, casi siempre mejores (por lo que inauguraban y por lo que abolían), que lo que vino después. Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951) acaba de publicar «Hombres buenos» (Alfaguara), una novela que transita por los libros y los caminos que precedieron a la Revolución Francesa y sus discretas influencias en España. Se trata de una historia basada en hechos reales: la Real Academia Española encargó a dos de sus miembros –el marino Pedro Zárate y el bibliotecario Hermógenes Molina– que compraran en París un ejemplar de la Enciclopedia, la «Encyclopédie». Pero también relata la conjura urdida por un puñado de académicos reaccionarios y un sicario llamado Raposo con el fin de impedir por cualquier medio –asaltos de bandoleros, acusaciones de espionaje, duelos– que aquellos tomos, que compendaban el saber humano que desafiaba al Antiguo Régimen y a los dogmas de la Iglesia, llegasen a nuestro país.

## Las relaciones peligrosas

«Es una novela optimista», nos sorprende el autor, siempre crítico con la historia de España. «Es un homenaje al patriotismo cultural de aquellos hombres buenos, humildes, modestos, que no por el brillo personal, sino como esfuerzo colectivo, trataron desde la Academia de mejorar España con la cultura, a sabiendas de que la educación es la única manera de hacer libre a la gente».

Llegados a París, la historia nos introduce en los salones aristocráticos donde se cultivaban las relaciones peligrosas con tanta pasión como la nueva filosofía. En el centro del relato, personajes curiosos, diplomáticos históricos como el conde de Aranda y otros que recuerdan a seres reales, como la dama Margot Dancenis, trasunto de Teresa Cabarrús, la célebre «Notre-Dame de Thermidor», amiga de Josefina y la más influyente de las mujeres que simpatizaron con la revolución. Dueña de una inacabable biblioteca, era epítome de la mujer culta, refinada e inteligente. También figura un abate Bringas, que recuerda al abate Marchena, libelista y

fugitivo de la Inquisición, que guía a los académicos por el explosivo París del XVIII. El friso histórico se completa con figuras como Marat (desmitificado como médico impostor) o Laclos, el autor de «Las relaciones peligrosas».

Los dos académicos seleccionados no pueden ser más distintos. Según dice el autor: «Para mí era muy divertido contraponer al almirante frío, científico, racional, seco, cartesiano» con el hombre bueno y sedentario que, cuestionada la fe, traza puentes con la razón. Pérez-Reverte remacha que «la cultura ha sido y es patriótica siempre en España. El español, por la brutalidad de los visigodos, la invasión musulmana, la reconquista, la Inquisición, los malos gobiernos, los Austrias, la corrupción, la invasión francesa... no tiene adversarios, sino enemigos. Al adversario se le respeta, incluso tras el combate. Al enemigo se le extermina».

Pero en esta novela, «de amistad y libros», veremos la mejor cara de nuestra historia. «Quería demostrar que los libros hacen surgir la amistad y que en ese camino compartido los dos se hacen ingenuamente amigos y eso les lleva hasta... el heroísmo». Hay un episodio en el que el bibliotecario asiste al militar con una pistola descargada. «Esa lealtad nos da lecciones morales. El hombre bueno es una referencia fundamental. Y todavía los hay. En vez de fusilarlos y silenciarlos habría que sentarse con ellos y escucharlos». El escritor señala el ejemplo de Olavide, el gran afrancesado amigo de Voltaire con el que la Inquisición –con la aquiescencia de Carlos III– quiso hacer un escarmiento.

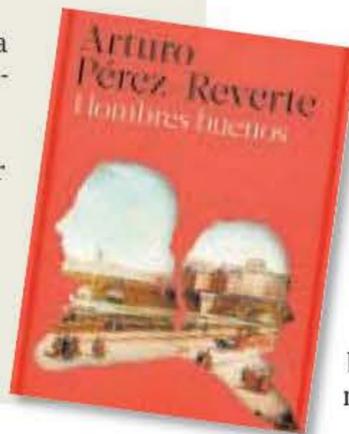
## «Fue la ocasión perdida»

Y dice más: «En el siglo XVIII estuvimos a punto de conseguir no meternos en la trinchera porque las dos Españas aún no están, no se ha trazado el foso que las separa. Todavía no se habían degollado. Todavía era posible que aquel patriotismo cultural traducido en educación, en luces, nos hiciera europeos. Fue la ocasión perdida. Este libro es un homenaje a quienes quisieron cambiar el mundo con la cultura».

Y entre ellos destacan los marinos de la Armada. Los militares de entonces eran el motor del progreso, como queda consignado en la novela. «Hay que pensar en el militar del XVIII, ilustrado, y no en el del 36, africano. Yo hablo de Cadalso, de Jorge Juan, de Ulloa,

## «Hombres buenos»

Dos historias trenzadas. La Real Academia Española encargó a dos de sus miembros viajar al París prerrevolucionario con la misión de comprar una edición de la «Encyclopédie». La aventura, trepidante, se mezcla con las pesquisas del autor para conocer qué ocurrió realmente. Editorial Alfaguara. 592 páginas. 22,90 euros.



de Malaspina, que eran militares. La Marina era la punta de lanza científica. Leían, eran grandes científicos. A Ulloa lo detienen los ingleses y lo hacen miembro de la Royal Society. Aquí ni se acuerdan de él cuando regresa». De hecho, los barcos navegaban y combatían mejor gracias a las leyes de Newton y no a la Escolástica y los dogmas. Aun así, hay que imaginar la amargura de aquellos hombres. «Qué amargura la de Jorge Juan modificando sus conclusiones científicas para que el obispo de turno no se moleste», se queja el escritor.

La RAE llegó a estar también alguna vez en el punto de mira de la Inquisición. «Como

Arturo Pérez-Reverte, ayer junto a las puertas de la ampliación del Museo del Prado



en la Academia había miembros del clero que eran tipos ilustrados, que con su buena voluntad creían conciliables fe y razón y lo intentaban demostrar, sería injusto situar en el mismo saco al fanático intransigente, radical y cenutrio, que bendecía patíbulos y pelotones de fusilamiento, con el hombre de buena voluntad que pensaba que la idea de Dios ayudaba al hombre a ser mejor».

### Crímenes en la RAE

En medio de ese amargo desencanto patrio, marca de la casa, la aparición de un ejemplar de la «Encyclopédie» en la biblioteca de la RAE es la chispa que prende las pesquisas del autor y sus entrevistas con los académicos actuales van haciendo avanzar la trama. La galería de retratos resulta divertida y a veces desopilante. Descubrimos –«es inventado, es un juego literario», asegura– que todos los académicos creen que Pérez-Reverte está escribiendo una novela de asesinatos en la RAE, una especie de «Diez negritos» cuya primera víctima, según consenso, debería ser Francisco Rico y en la que todos pugnan por ser el asesino. Los académicos desfilan

por las páginas haciendo un fantástico contraste de «hombres buenos» y «libros raros». De todos los que salen en la novela, como en «El club Dumas», muchos son inventados. ¿Quién los caza?

«Llegué a la Academia creyendo que era un sitio de viejos apolillados y me encontré con gente como Antonio Colino, Gregorio Salvador, Mingote, el almirante Álvarez Arenas... Ellos me hicieron respetar lo que no conocía. Momentos como cuando Franco quiso que se ocupasen las sillas vacantes por el exilio y los académicos dijeron que no. Esto es lo que hace grande a la Academia», recuerda. En España «la cultura siempre ha sido herramienta política, y no al revés, la política una herramienta para la cultura. Ese es nuestro gran estrago. Todo se resume en eso», dice.

Pero la documentación ha sido exhaustiva: «Toda novela es un pretexto para comprar libros», afirma, y después de casi dos años yendo a librerías de viejo y anticuarias de París, su inmensa biblioteca personal se ha enriquecido considerablemente. Así que sus personajes hablan con palabras de Diderot, Dalember, Cadalso, Jovellanos, Moratín...

# Fernando Marías, en busca del tiempo perdido... y del padre

► El nuevo libro del autor, «La isla del padre», premio Biblioteca Breve

MANUEL DE LA FUENTE  
MADRID

Era casi un niño de teta cuando se encontró de golpe, frente a frente y de bruces con aquel hombretón que venía de los mares en el pasillo de su casa bilbaína. Padre frente a hijo e hijo frente a padre, pero apenas si se conocían. Él, el padre, había sido un jovencísimo voluntario de la República, con diecisiete primaveras. Luego, como tantos, tuvo que salir por piernas y echarse a la mar como marino mercante. Él, el hijo, había nacido en 1958, y no era especialmente más travieso que otros de su quinta.

El padre volvía de permiso desde allende los mares de vez cuando, y en uno de esos cuandos, en una de esas veces, se vio por fin ante su hijo, ya más crecido que la primera vez, pero tan sólo un chiquilicuatre, llamado Fernando Marías. Fernando quería ser director de cine, porque las aventuras que contaba el marinero eran casi como las de «Tatuaje»: «Él vino en un barco, de nombre extranjero...».

Con ese material, Marías decidió decir la frase de su vida: «¡Mamá, quiero ser artista!». Y eso hizo. Dejó atrás su pasión por Sam Peckinpah (se le saltan las lágrimas al hablar de Bob Dylan en «Pat Garrett & Billy The Kid») y cogió la estilográfica que le habían regalado en su Primera Comunión. Se convirtió en un escritor de éxito, habituado a los premios (Nadal, Ateneo de Sevilla, Primavera) como el último de ellos, el Biblioteca Breve, por «La isla del padre» (Ed. Seix Barral), páginas en las que relata con mucha realidad y alguna ficción la figura de su padre, aquel Simbad del exilio. «Mi padre nos contaba historias cuando volvía de los viajes, porque creía que no le queríamos, algo que en mi caso no habría sido extraño, casi ni nos conocíamos. Hasta que pasó eso, yo vivía como el príncipe de palacio con mi madre y mi abuela. Lo primero que pensé fue decirle ¡lárgate! Pasado el primer recelo, nos llevamos muy bien».

### La vieja casa

Fernando Marías empezó este relato en 2009 con ese padre ya enfermo en su vieja casa de la capital vizcaína, gracias a que el propietario al que le habían vendido el piso le permitió



Fernando Marías

ERNESTO AGUDO

terminarlo allí, y a pesar de que un reencuentro con el padre siempre puede ser pesadoso, el creador de «Todo el amor y casi toda la muerte» asegura que este ha sido «uno de mis trabajos más fáciles, era un proyecto irrenunciable, pero no me ha costado demasiado esfuerzo». Al día siguiente de morir mi padre, ya estaba escribiendo». Un libro que es una manera de recobrar el tiempo perdido y que es también «un homenaje a aquel hombre que era el único padre anómalo de toda mi clase, con su maletín, silencioso, discreto, tanto que mi hermana y yo creíamos que era un espía como James Bond».

Les hemos dejado a ustedes con Fernando Marías encerrado («En un ambiente fantasmal, mirando cara a cara al fantasma de mí mismo») en su casa familiar, muy consciente de que es necesario «dar ese paso del reencuentro, pero para hacerlo hay que ser ya una persona madura, debes saber, al menos, quién eres y ante quién estás. Pero sí, llega un momento en el que tienes que encontrar respuestas, siempre olvidando juicios y reproches para poder comprender a ese «enemigo». Pero es necesario para estar en paz».

Ser novelista y escribir una historia con tu propio padre (y demás familia) de protagonista debe de hacer dudar, un pie delante y otro atrás, con esa sutilísima frontera entre la ficción y la realidad. «La experiencia te hace confiar en la intuición. Este libro está escrito como una ficción, pero basada en lo real. Esta es una historia honesta, y escribirla me ha hecho libre, porque he manejado mis recuerdos a mi antojo al convertirlos en ficción. Este libro ha sido un regalo de la vida. Recordar es muy sano. Creo que los que recordamos somos mejores».



### La Revolución sin brillo

«Pensamos que la hicieron Rousseau, Dalember, Voltaire, pero ellos estaban en los salones. En realidad fue obra de mediocres»

### El XVIII español

«En ese siglo están las claves de nuestro presente, pero aunque estuvimos a punto de hacernos europeos fue la gran ocasión perdida»

### La cultura

«La cultura es patriótica siempre en España. Significa que hay gente buena que quiere con la cultura hacer mejor a sus con ciudadanos»

### Novela histórica

«A la gente le gusta porque está como huérfana. Nos han escamoteado la memoria. Novelistas y editores hacen lo contrario que los gobiernos, que hace tiempo barrieron la historia de las aulas»